

CAPÍTULO XI

La fuga.

No queriendo Enrique desperdiciar un tiempo precioso en tranquilizar á la dama, la sacó fuera de la casa y pensó colocarla en su caballo; pero ella, con un movimiento de invencible repugnancia, se deslizó de los brazos de Enrique, y fué recibida por Remigio, que la acomodó en el caballo preparado para ella.

— ¿Qué es lo que hacéis, señora? dijo Enrique. ¡Qué mal juzgáis á mi corazón! no se trata ahora del placer que sería para mí estrecharos en mis brazos y oprimiros contra mi pecho, aun cuando por tanta felicidad esté yo dispuesto á sacrificar mi vida: se trata de huir con la velocidad de un ave. ¿No las veis, señora? Mirad como huyen también las aves.

En efecto, aunque el crepúsculo no hacía más que aparecer, se divisaban bandadas numerosas de chorlitos y pichones que atravesaban azorados el espacio con rápido vuelo, y en medio de aquella terrible escena y de la oscuridad que la acompañaba, tan apetecible á los murciélagos, aquel vuelo estrepitoso favorecido por las ráfagas del viento, tenía algo de siniestro para los oídos y de deslumbrador para los ojos.

La dama nada respondió al joven, y picó su caballo sin volver atrás la cabeza.

Pero su caballo y el de Remigio, que habían caminado dos días sin descansar, estaban sumamente cansados: Enrique volvía á cada instante la cabeza, y viendo que apenas podían seguirle, dijo á la dama:

— Señora, mi caballo anda mucho más que el vuestro, á pesar de que me esfuerzo para contenerle; no os pido la gracia de sosteneros yo mismo con mis brazos, pero ya que todavía estamos á tiempo, tomad mi caballo y dejadme el que montáis.

— Gracias, caballero, contestó la viajera con acento tranquilo y sin que su semblante revelase la menor emoción.

— Pero, señora, por Dios, exclamó Enrique dirigiendo hacia atrás miradas de desesperación: el agua se adelanta; mirad, mirad. ¿No oís el ruido?

En efecto, un estrépito horrible se dejó sentir al mismo tiempo; era el dique de una aldea invadida por las aguas: maderos, techos, todo había cedido ante el elemento destructor; dos filas de gruesas estacas se habían roto con estallidos semejantes á los del trueno, y las aguas dominando aquellas rui-

nas, empezaban á apoderarse de un bosque de encinas, cuyas copas temblaban y cuyas ramas se sacudían fuertemente, como si una legión de demonios estuviese descansando á su sombra.

Los árboles arrancados chocando unos con otros, los puntales de las casas flotando sobre las aguas, los gritos lejanos y lastimeros de los hombres y los relinchos de caballos, que arrastraba la inundación, formaban un concierto de sonidos tan lúgubres y tan extraños, que al fin el terror que dominaba á Enrique se comunicó al corazón de la impasible é indomable dama desconocida.

Aguijoneó á su caballo, y éste, como si conociese que el peligro era inminente, redobló sus esfuerzos para sustraerse á él.

Pero el agua se adelantaba incesantemente ganando terreno, y era evidente que antes de diez minutos alcanzaría á los viajeros.

Á cada momento se detenía Enrique para esperar á sus compañeros, y cuando se reunían á él les gritaba:

— Es indispensable correr más, porque el agua se nos echa encima.

Acercábase, en efecto, á ellos, espumosa, irritada y terrible; arrastró cual si fuese una pluma la casa en que Remigio y su señora habían hallado momentáneo abrigo, levantó como una paja la barea que estaba amarrada á la orilla del riachuelo, y majestuosa, inmensa, enroscando sus anillos como los de una serpiente, llegó tan compacta como una muralla de bronce hasta los caballos de Remigio y de la desconocida.

Enrique lanzó un grito de espanto, y corrió á las aguas como para combatir contra ellas y detenerlas.

— ¿No conocéis que estáis perdida? exclamó desesperado. Señora, por el cielo, bajad, venid conmigo.

— No, dijo la dama.

— Dentro de un minuto será ya demasiado tarde: mirad, mirad.

La dama volvió el rostro y vió que el agua sólo distaba unos cincuenta pasos.

— Cúmplase mi destino, murmuró entonces; y vos, caballero, huid.

El caballo de Remigio, muerto de cansancio, dobló las manos y no pudo volver á levantarse, á pesar de los esfuerzos del jinete.

— Salvadla, salvadla, aunque sea á pesar suyo.

Y al mismo tiempo que procuraba sacar los pies de los estribos, cubrieron las aguas, como un gigantesco monumento, la cabeza del fiel criado.

Al ver su señora esta desgracia arrojó un grito doloroso, y lanzándose del caballo, esperó tranquila las aguas, resuelta á morir con Remigio.

Pero conociendo Enrique su intención, se apeó al mismo tiempo, y estrechando su talle con el brazo derecho, volvió á montar con ella y partió como una exhalación.

— ¡Remigio! ¡Remigio! exclamaba la dama extendiendo los brazos hacia el sitio en que el criado había desaparecido.

Un grito le respondió, pues Remigio se había presentado en la superficie del agua, y con la esperanza indomable, aunque insensata, que acompaña al mo-

ribundo hasta el término de su agonía, nadaba sostenido por una viga.

Poco después, y á su lado, apareció también su caballo sacudiendo el agua desesperadamente con sus manos, al paso que la inundación ahogaba al corcel de la dama y que ésta y Enrique no corrían sino volaban á veinte pasos de distancia sobre el tercer caballo agujoneado por el terror.

Remigio no sentía ya perder la vida, pues al menos aguardaba en sus últimos momentos que se salvaría aquella mujer á quien únicamente amaba.

— ¡Adiós, señora, adiós! exclamaba; yo parto el primero, y voy á decir al que nos aguarda que vos vivís para...

No pudo concluir la frase, porque una montaña de agua pasó sobre su cabeza, y fué á romperse á los pies del caballo de Enrique.

— ¡Remigio! ¡Remigio! gritó la dama, quiero morir contigo; caballero, ya lo oís, he resuelto esperarle, quiero echar pie á tierra.

Pronunció estas palabras con tanta energía y autoridad, que el joven abrió los brazos y la dejó deslizarse hasta el suelo, diciendo:

— Bien, señora, moriremos aquí los tres, y os doy las gracias, porque me concedéis ese favor, que nunca me hubiera atrevido á esperar.

Al mismo tiempo que así hablaba sujetando al caballo por la brida, le alcanzaron las aguas lo mismo que habían alcanzado á Remigio: con todo, haciendo el último esfuerzo de amor, agarró el brazo de la dama, cuyos pies habían desaparecido bajo las olas.

En un instante los envolvieron éstas, arrastrán-

dolos furiosamente por espacio de algunos segundos y confundiéndolos con otros mil objetos convertidos en despojos de su implacable saña.

Y era un espectáculo sublime la serenidad y sangre fría de aquel hombre, tan joven y tan valiente, cuyo busto entero dominaba la inundación, al paso que sostenía con un brazo á su compañera, y cuyas rodillas guiando los últimos esfuerzos del caballo expirante, procuraban utilizar los desesperados esfuerzos de su agonía.

Hubo un momento de terrible lucha, en que la dama, apoyada fuertemente por el brazo derecho de Enrique, conseguía sostener la cabeza fuera del agua, mientras que el último separaba con la mano izquierda los maderos flotantes y los cadáveres cuyo choque podía sumergir ó destrozar á su caballo.

Uno de aquellos cuerpos flotantes, al pasar junto á ellos, gritó, ó mas bien suspiró.

— Adiós, señora, adiós...

— ¡Por el cielo! exclamó el joven, es Remigio... Pues bien, á ti también te salvaré.

Y sin calcular el riesgo á que se exponía cargando con nuevo peso, agarró á Remigio por un brazo, lo atrajo hacia su muslo izquierdo y le hizo respirar el aire libre; pero al mismo tiempo el caballo, no pudiendo aguantar el peso de tres personas, se hundió primero hasta el pescuezo, poco después hasta los ojos, y por último, dobló las corvas y desapareció enteramente.

— ¡Es preciso morir! murmuró Enrique. ¡Dios mío acepta esta vida pura que te ofrezco! Y vos, señora, recibid mi alma, que siempre ha sido vuestra.

En aquel momento conoció Enrique que Remigio se desprendía de él, y no opuso el menor esfuerzo para detenerle, porque toda resistencia era ya inútil.

Su único cuidado fué sostener á la dama el mayor tiempo posible fuera del agua para que á lo menos fuese la última que se ahogase, y pudiese decir al exhalar el postrer suspiro que él había hecho cuanto había podido por disputársela á la muerte.

De repente, y cuando ya sólo pensaba en el cielo, un grito de alegría resonó á su lado; hizo un esfuerzo y vió que Remigio acababa de afanzarse á una barca.

Esta barca era la misma de la casita que las aguas habían arrebatado; Remigio, recobradas algún tanto las fuerzas, merced al auxilio que le prestara Enrique, la vió pasar impelida por la corriente, y separándose del grupo, comenzó á nadar hasta que consiguió apoderarse de ella.

Tenía dos remos sujetos á los costados y un bichero en el fondo.

Alargó éste á Enrique, que lo agarró con ansia, arrastrando en seguida consigo á la dama, que levantó sobre sus hombros, y á la cual Remigio recibió en sus brazos.

Después, agarrándose él mismo al costado de la barca, entró en ella de un salto.

Los primeros rayos del sol iluminaban aquella escena, mostrando la llanura inundada y la barca balanceándose como un átomo en medio del Océano cubierto enteramente de despojos.

Como á doscientos pasos hacia la izquierda, se elevaba una colina que cercada de agua por todas partes, parecía una isla en medio del mar.

Enrique echó mano á los remos y bogó hacia la colina, en cuya dirección también les impelían las corrientes.

Entretanto Remigio, con el auxilio del bichero, iba separando los maderos y otros estorbos con los cuales podía tropezar la barca; al fin los esfuerzos de ambos, ó más bien, la fuerza de Enrique y la destreza de Remigio, consiguieron que la barca abordase, ó mejor dicho, que fuese arrojada al pie de la colina.

Remigio saltó á tierra y sujetó la cadena de la barca, que aproximó á la orilla todo lo posible.

Enrique se adelantó hacia la dama para sacarla entre sus brazos, pero ella extendió la mano y levantándose sola, saltó también en tierra.

Enrique lanzó un suspiro, y aun por un instante abrigó la idea de zambullirse en las aguas y morir á su vista; pero un irresistible sentimiento le encadenaba á la vida, pues al fin veía á aquella mujer, cuya presencia había deseado tantas veces en vano.

Hizo encallar á la barca, y fué á sentarse á diez pasos de la dama y de Remigio, lívido y empapado en agua.

Habíanse salvado del más inminente peligro, es decir, de la inundación, pues por terrible que fuese, de ningún modo era fácil que dominase la altura en que se hallaban, á pesar de que podían contemplar á sus pies los estragos de la cólera de aquel furioso elemento, cuyo poder sólo cede ante el poder de Dios.

Enrique miraba cómo corrían con rapidez aquellas aguas destructoras que arrastraban montones de cadáveres franceses, caballos y armaduras; Remigio

se quejaba de un agudo dolor en el hombro, ocasionado por el choque de un madero que le había herido, precisamente cuando su caballo se hundía, y en cuanto á la dama, á excepción del frío que experimentaba, estaba sin lesión alguna, pues Enrique había cuidado de ella hasta donde se lo habían permitido sus fuerzas.

Enrique no pudo menos de sorprenderse al ver que aquellos dos seres, libertados tan milagrosamente de la muerte, sólo le daban á él las gracias, sin dirigir á Dios, primer autor de su salvación, una palabra de agradecimiento.

La dama fué la primera que se puso de pie é hizo observar á sus amigos que en el fondo del horizonte, hacia poniente, se distinguía un resplandor como de fuego al través de la neblina, presentándose en un punto elevado, al que las aguas no podían subir.

Por lo que podía juzgarse en medio del frío crepúsculo que sucedía á la noche, dichos fuegos aparecían como á una legua de distancia, y habiéndose adelantado Remigio hacia la parte de la colina que permitía examinarlos con mayor claridad, volvió diciendo que á unos mil pasos del sitio en que habían tomado tierra, comenzaba una especie de calzada que conducía rectamente á los referidos fuegos.

Lo que hacía creer á Remigio en la existencia de esta calzada, ó á lo menos en la de un camino cualquiera, era la perspectiva de dos hileras de árboles rectas y regulares que iban á perderse en el punto indicado.

Enrique hizo también sus observaciones, que concordaron perfectamente con las de Remigio; pero

con todo, era preciso en tan críticas circunstancias dejar abandonado mucho á la casualidad.

Arrastradas las aguas hacia el declive de la llanura, habían echado á los viajeros hacia la izquierda del camino, haciéndoles describir un ángulo considerable, y esta variación, complicada con la precipitada carrera de los caballos, les quitaba todo medio de orientarse.

El día se acercaba, pero encapotado y tempestuoso, de modo que les era imposible distinguir, como hubiera sucedido en tiempo claro y sereno, el campanario de Malinas, de donde podían distar dos leguas, poco más ó menos.

— ¿Qué pensáis de esas fogatas, señor conde?... preguntó Remigio.

— Esas fogatas, que parece nos brindan hospitalidad, son para mí muy sospechosas, y desconfío de ellas.

— ¿Por qué?

— Remigio, dijo Enrique en voz baja, observad esos cadáveres; todos son franceses, y ninguno flamenco; nos anuncian, pues, un gran desastre; los diques del país han sido rotos con el fin de destruir completamente el ejército francés, si ha quedado vencido, ó por disminuir el efecto de su victoria, si ha triunfado. ¿Tiene algo de extraño que esas fogatas sean más bien obra de contrarios que de amigos, y que sirvan de red á los infelices que hayan podido escapar de la inundación?

— Sin embargo, observó Remigio, es imposible que permanezcamos aquí, porque el hambre y el frío acabarán con nosotros.

— Tenéis razón, dijo el conde : quedaos con la señora mientras yo á paso á la calzada; de ese modo pronto os traeré noticias.

— No, no, exclamó la dama, no puedo consentir en que os espongaís solo; juntos nos hemos salvado, y juntos moriremos si es preciso. Remigio, dadme vuestro brazo, pues estoy pronta á marchar.

Todas las palabras de aquella extraordinaria mujer tenían un acento de autoridad tan irresistible, que á nadie, después de oírlas, le ocurría la idea de oponerse á ellas por un solo instante.

Enrique se puso en marcha el primero.

La inundación había calmado algún tanto, y la calzada, antes de comunicarse con la colina, formaba una especie de golfo en que el agua parecía adormecida, y que obligaba á los viajeros á volverse á servir de la barca. Así lo hicieron en efecto, embarcándose los tres nuevamente en medio de mil cadáveres y objetos flotantes.

Un cuarto de hora después llegaron á la calzada, y asegurando la barca á un árbol por medio de la cadena, echaron pie á tierra, siguieron la calzada por espacio de una hora, y llegaron á un grupo de cabañas flamencas, en medio de las cuales, y en un escampado cercado de tilos, se hallaban reunidos alrededor de una grande hoguera, de doscientos á trescientos soldados, sobre cuyas cabezas flotaban los anchos pliegues de una bandera francesa.

El centinela, situado á unos cien pasos del vivac, avivó la mecha de su mosquete al mismo tiempo que decía :

— ¿ Quién vive ?

— Francia, respondió Du Bouchage.

Y añadió volviéndose hacia la dama :

— Ahora es, señora, cuando puedo decir que estáis en completa seguridad, pues reconozco las armas de los gendarmes de Aunis, cuerpo distinguido, en el cual tengo muchos amigos.

Al grito del centinela y á la contestación del conde, se presentaron en efecto algunos gendarmes á los recién llegados, á quienes recibieron afectuosamente en medio de aquel desastre, tanto porque, como ellos, se habían libertado de él, como porque eran compatriotas.

Enrique se dió á conocer, tanto personalmente, como nombrando á su hermano; dirigiéronle después mil preguntas, y refirió el modo milagroso con que él y sus compañeros habían evitado una muerte que ya miraban como segura, pero sin declarar ninguna otra cosa.

Remigio y su señora se sentaron silenciosos en un rincón, y Enrique fué á invitarles para que se acercasen á la fogata, pues ambos estaban todavía empapados de agua.

— Señora, dijo á la dama, tan respetada seréis aquí como en vuestra propia casa, y me he tomado la libertad de decir que sois parienta mía; perdonadme este engaño.

Y sin esperar que le diesen las gracias los mismos á quienes había salvado, se alejó de ellos para reunirse á los oficiales que le esperaban.

Remigio y Diana dirigieron al conde una mirada en que se pintaba el más profundo agradecimiento.

Los gendarmes de Aunis, á quienes nuestros fugi-

tivos acababan de pedir hospitalidad, se habían retirado en buen orden después de la derrota y el *¡sálvese quien pueda!* de los jefes.

Dondequiera que no haya homogeneidad de posición y costumbre de vivir juntos, no es raro ver la espontaneidad en la ejecución, después de la unidad en el pensamiento.

Esto era precisamente lo que había sucedido aquella noche á los gendarmes de Aunis.

Viendo que sus jefes los abandonaban y que los demás regimientos procuraban por mil medios ponerse en seguridad, se unieron unos á otros, apretaron sus filas en vez de romperlas, pusieron sus caballos al galope, y á las órdenes de uno de sus oficiales, á quien amaban mucho á causa de su valor y que respetaban en igual grado á causa de su nacimiento, tomaron el camino de Bruselas.

Del mismo modo que los demás actores de aquella terrible escena, vieron todos los progresos de la inundación y fueron perseguidos por las aguas furiosas; pero la suerte hizo que encontrasen en su camino la aldea de que ya hemos dado cuenta, posición fuerte á la vez contra los hombres y contra los elementos.

Sabiendo los habitantes que estaban seguros, no habían abandonado sus casas, á excepción de las mujeres, ancianos y niños, que habían enviado á la ciudad; así es que los gendarmes hallaron resistencia, pero como la muerte venía detrás, atacaron con desesperación, triunfaron de todos los obstáculos, perdieron diez hombres en el ataque de la calzada, pero se alejaron y ahuyentaron á los flamencos.

Una hora después la aldea estuvo cercada enteramente por las aguas, excepto el lado del camino por donde hemos visto llegar á Enrique y sus compañeros.

Tal fué la relación que hicieron á Du Bouchage los gendarmes de Aunis.

— ¿Y el resto del ejército? preguntó Enrique.

— Mirad, respondió el oficial, á cada instante pasan cadáveres que responden á vuestra pregunta.

— ¿Y mi hermano?... se aventuró á decir Du Bouchage con voz conmovida.

— ¡Ah! señor conde, no podemos daros noticias ciertas de él; ha peleado como un león, tres veces le hemos retirado del fuego. Verdad es que ha sobrevivido á la batalla, pero no podemos decir lo mismo respecto de la inundación.

Enrique bajó la cabeza y se quedó abismado en amargas reflexiones, pero exclamó de repente:

— ¿Y el duque?

El oficial se inclinó hacia Enrique, y le dijo en voz baja:

— El duque fué de los primeros que se pusieron á salvo montado en un caballo blanco con una estrella negra en la frente. Pues bien; ahora mismo hemos visto pasar el caballo por medio de un montón de fragmentos; la pierna de un jinete iba trabada en el estribo y sobrenadaba á la altura de la silla.

— ¡Gran Dios! exclamó Enrique.

— ¡Gran Dios! murmuró Remigio, que habiéndose levantado al oír la voz del conde, acababa de oír aquella relación, y cuyos ojos se fijaron en su pálida compañera.

— ¿Y qué más? preguntó el conde.

— Sí, ¿qué más? balbuceó Remigio.

— ¡Pues bien! En el remolino que formaba el agua en el ángulo del dique, uno de mis soldados se arriesgó á coger las riendas flotantes del caballo, y aun pudo, haciendo grandes esfuerzos, levantar el animal ya muerto. Entonces vimos aparecer la bota blanca y la espuela de oro que llevaba el duque; pero al mismo tiempo se hinchó el agua como si se hubiera indignado al ver que le arrancaban su presa, y mi gendarme soltó el caballo para no ser arrastrado con él, y todo desapareció. Ne tendremos siquiera el consuelo de dar una sepultura cristiana á nuestro pobre príncipe.

— ¡También él ha muerto! ¡El heredero de la corona! ¡Qué desgracia!

Remigio se volvió hacia su compañera y le dijo con una expresión imposible de describir:

— Ya lo veis, señora, ha muerto.

— ¡Lodo sea el Señor, que me ahorra un crimen! repuso la dama alzando en señal de gratitud las manos y los ojos al cielo.

— Sí, pero nos quita la venganza, respondió Remigio.

— Dios tiene siempre el derecho de acordarse. La venganza no pertenece al hombre sino cuando Dios olvida.

El conde veía con cierto terror la exaltación de aquellos dos extraños personajes que habia salvado de la muerte; examinábales con atención, y trataba, aunque inútilmente, de formarse una idea de sus deseos ó de sus temores, y de comentar sus gestos y la expresión de sus fisonomías.

La voz del oficial le sacó de su contemplación.

— Pero vos mismo, conde, preguntó, ¿qué vais á hacer?

El conde se estremeció y dijo:

— ¿Yo?

— Sí, vos.

— Esperaré aquí hasta que pase el cuerpo de mi hermano, replicó el joven con el acento de una sombría desesperación; entonces trataré yo también de sacarlo á tierra para darle una sepultura cristiana, y creedme, si logro cogerlo entre mis brazos no lo abandonaré.

Remigio oyó estas palabras siniestras y dirigió al joven una mirada llena de afectuosa reconvención.

En cuanto á la dama, desde que el oficial habia anunciado la muerte del duque de Anjou, no oía ya nada: oraba solamente.